

FRANCISCO RICO

UNA LARGA LEALTAD
FILÓLOGOS Y AFINES

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Francisco Rico Manrique
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-18370-80-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 1839-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

«No podría escribir mis memorias...»	9
RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL	
Don Ramón, gran señor de la filología	15
ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO	
De bibliografía y ética	18
YAKOV MALKIEL	
Lenguas e historias	23
JUAN MANUEL ROZAS	
Villamediana, Octava de Gloria	30
EDUARD VALENTÍ	
<i>Paraules de saviesa</i>	40
MARCEL BATAILLON	
Erasmus y los erasmistas	43
GIUSEPPE BILLANOVICH	
El nuevo mundo de Petrarca y Colón	47
GUILLERMO DÍAZ-PLAJA	
Tanto don Guillermo...	60
F. J. NORTON	
Hablar con los libros	62
DÁMASO ALONSO	
¿Quién como él?	65
GIANFRANCO CONTINI	
La literatura como tensión	68

MARTÍN DE RIQUER	
Sabiduría infinita	71
Primavera perpetua de la lírica europea	73
La literatura española de Riquer	77
PETER DRONKE	
El otro latín	88
EUGENIO ASENSIO	
Predicar y dar trigo	95
No fue sólo Erasmo	97
MARIO VARGAS LLOSA	
Una riqueza deslumbrante	101
ARMANDO PETRUCCI	
Maneras de leer y modos de escribir	108
RAFAEL LAPESA	
Del dato a la visión global	111
EDWARD C. RILEY	
Teoría y práctica del <i>Quijote</i>	113
JOSÉ CARLOS MAINER	
La filología en el purgatorio	115
DOMINGO YNDURÁIN	
Contestación	117
Cuerpo a cuerpo con los textos	125
Todo un hombre	128
Adiós, viejo amigo	130
JULIÁN MARTÍN ABAD	
Los libros del Renacimiento español	131
Peaje	134
JOSÉ MANUEL BLECUA	
La pasión por la poesía	140

ROBERTO CALASSO	
<i>Divina atque absolutissima</i>	142
FERNANDO LÁZARO CARRETER	
Mucho más que un patriarca de la lengua	147
Fernando, querido Fernando	148
ALBERTO BLECUA	
La fuerza de la historia	151
CLAUDIO GUILLÉN	
El punto justo	154
Contestación	155
MAXIME CHEVALIER	
La agudeza verbal	168
JUAN GIL	
La erudición como divertimento	170
JOSÉ MARÍA VALVERDE	
La libertad de leer	173
SIR STEVEN RUNCIMAN	
La historia sin chismes	177
ANTHONY J. CLOSE	
De juguete cómico a odisea simbólica	186
MARÍA ROSA LIDA	
Las luces de la filología	188
Cantigas de amigo	191
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ	
La estirpe de don Ramón	211
ROGER CHARTIER	
Las siete vidas del clásico	213
EL COLEGIO DE MÉXICO	
Un aprendizaje	216

AURELIO RONCAGLIA	
Por España, a Portugal	2 29
PIERO BOITANI	
La verdad de las estrellas	2 41
CARLOS BLANCO AGUINAGA	
El peregrino en sus patrias	2 44
CESARE SEGRE	
Cesare Segre, insigne filólogo y semiólogo italiano (<i>in memoriam</i>)	2 48
Espanñas de Cesare Segre	2 50
ALBERTO VÀRVARO	
Por casa en la Romania	2 58
DARÍO VILLANUEVA	
Un humanista para la Academia	2 60
MARCO SANTAGATA	
Alighieris	2 62
Dante Alighieri, todo un personaje	2 64
Tal mujer enamorada. Prólogo	2 67
<i>Procedencias</i>	2 72

No podría escribir mis memorias, porque sencillamente no las tengo. Las incidencias ordinarias y las rutinas de la vida cotidiana llegan y se me olvidan inmediatamente; y, sobre todo, a la altura de los ochenta años, se me han olvidado. Sólo recuerdo algunos episodios sueltos y las ocasiones más importantes. No puedo no citar a Jorge Luis Borges: «Muchas cosas he leído y pocas he vivido», pero matizando *pocas* que tenga presentes y no demasiadas de las *muchas*.

Los textos que he reunido aquí versan sobre autores, filólogos o afines a la filología, a quienes en su gran mayoría he conocido personalmente y hacia quienes profeso *una lunga fedeltà* (para decirlo con uno de ellos, Gianfranco Contini). Leerlos y tratarlos han sido, ellas sin duda, ocasiones importantes. Las semblanzas y notas críticas que les he dedicado y ahora recojo pueden quizá ofrecer un panorama, no desdeñable por más que parcial, de los estudios literarios a lo largo de un siglo. Pero para mí son sustancialmente un testimonio de gratitud.

Con las excepciones de rigor, me ciño a los aspectos profesionales y técnicos de los trabajos abordados, pero al elegirlos he tomado en cuenta y acentuado discretamente el perfil humano de los autores. Ojalá el lector de estas páginas se sienta atraído por esa imagen y añore haberlos conocido y haber trabado con ellos los lazos que yo tuve.

Al gran don Ramón lo conocí en el coloquio barcelonés que se menciona en el artículo que por encargo de Francisco Noy escribí para *La Vanguardia* de Barcelona. Allí departí brevemente con él sobre una hipótesis mía en torno a

la supervivencia del romance de los infantes de Lara. Errada hipótesis, que don Ramón refutó con la señorial elegancia que le era propia.

Don Antonio Rodríguez-Moñino parecía más serio que un palo, pero de hecho tenía un trasfondo jocoso e irónico que sólo mostraba a quienes juzgaba a su altura. Con toda su exhaustividad bibliográfica, a Yakov Malkiel le gustaba más que nada el cotilleo sobre los colegas. Juan Manuel Rozas no salía de la mejor escuela, pero tenía un admirable entusiasmo. Eduard Valentí fue primero el padre de Helena, sentado a la mesa de trabajo, al fondo, y después, en el claustro de la Autónoma, con las gafas subidas a la frente, uno de los mejores conversadores con quienes me he topado.

A Marcel Bataillon y Giuseppe Billanovich sólo cabía tratarlos como los maestros insuperables que eran: uno cada día con intereses más variados, el otro con la cabeza puesta siempre en la tradición textual de Livio. Norton y Díaz-Plaja semejaban las dos caras de una moneda: silencioso, casi mudo F. J., charlatán y risueño don Guillermo. Dámaso rebosaba simpatía y con una copa, a hurtadillas de Eulalia, se ponía realmente estupendo. En sus últimos años, el habla de Contini era aun más difícil de entender que buena parte de sus hondos estudios, pero siempre admirable.

Peter Dronke me reprochaba que mi lema, inscrito en un azulejo del jardín, fuera *No importa*: «Sí importa, Paco, sí importa», me decía. Suelo resumir la aversión a la pedantería y la jovialidad de Riquer con una sola estampa. «María Rosa Lida y yo siempre escribimos hendecasílabo con hache», le digo un día; y replica: «Y ¿dónde la ponen?».

Eugenio Asensio, solterón *in partibus*, amigo rumboso, sabía infinitas cosas que los demás ignorábamos, y a mí me

las enseñaba en larguísimas tardes bajo los chopos de casa. Mario Vargas era y es tan buen tipo como novelista. Armando Petrucci vivía desviándose por el pánico a la muerte. Pulcro, justo, en todo, Rafael Lapesa me tomaba en serio como si yo fuera una persona mayor (incluso asistió a la presentación en mis oposiciones a cátedra). Riley era parco en palabras, pero su generoso buen criterio me ayudó mucho en la edición del *Quijote*.

Desde el biberón, José Carlos llevaba en la cabeza toda la literatura contemporánea (y más). Chomin Ynduráin (con Mariola) era como un hermano mío y yo no podía sino asentir divertido a sus caprichos. Martín Abad actuó como cancerbero magnífico en la Biblioteca Nacional. J. M. Bleuca sobrellevaba la sordera, que él describía como un ruido atronador, con un repertorio de frases prefabricadas para dar pie a una conversación unilateral.

El criterio editorial de Calasso consiste en imponer imperiosamente sus propios gustos. Nunca podré decir cuánto significó para mí Fernando Lázaro, como modelo y aun más como amigo, a trancas y barrancas. Con Alberto anduvimos juntos todos los caminos. Contribuir a devolver España a Claudio y a Carlos Blanco, y viceversa, ha sido uno de mis mejores logros. Maxime Chevalier comentaba: «“Caballero máximo”. Un poco exagerado, ¿no?».

Si acaso, el saber de Juan Gil peca por carta de más antes que por carta de menos. José María Valverde me salió al paso como vecino cuando me doblaba exactamente los años (a sus treinta y tres) y multitud de veces viajamos juntos en el metro hacia la facultad de Letras.

Sir Steven Runciman está aquí sólo porque *La caída de Constantinopla* era una de lecturas preferidas de don Juan Benet, quien en un tomito auspiciado por mí confesaba que era «el libro que le habría gustado escribir». Javier Marías

heredó la querencia y lo reimprimió en su «Reino de Redonda»; conque no me tocó más remedio que prologarlo. La muerte temprana de Anthony Close nos dejó sin uno de los más exigentes estudiosos del *Quijote*.

María Rosa Lida, a partir de un paréntesis en una clase de J. M. Blecua, fue una de las mayores admiraciones de mi vida. La he leído de cabo a cabo, desde sus balbuceos y el diario autógrafo de sus sueños hasta sus investigaciones inéditas sobre la fortuna de Josefo, que conciliaban su condición de judía y su vocación clásica. Desde sus mocedades, estaba enamorada platónicamente de Amado Alonso, quizá sin percatarse de ello. He publicado su correspondencia con el que fue su marido, quien además me ha dado no pocas noticias sobre ella.

Inés Fernández-Ordoñez comparte conmigo el magisterio de don Ramón, pero su método es más bien el de Diego Catalán. Aurelio Roncaglia era más feo que Picio y enormemente simpático. Él popularizó en Italia el paródico *La rebelión de las mesas* para designar las comidas de los congresos.

Roger Chartier apreció mucho unos trabajos míos sobre el *Lazarillo*, como yo estimaba los suyos, porque ambos sentimos igual el interés por la materialidad de los libros, y enseguida nos hicimos buenos amigos.

José M. Blecua arregló con Enrique Canito que Ínsula me vendiera en un par de plazos la *Nueva Revista de Filología Hispánica* y casi toda la *RFH* y me las tragué prácticamente de punta a cabo. Mi deuda con Peter Dronke sería ya grande sólo por haberme presentado al festivo polígrafo (en el sentido castellano) Piero Boitani.

La más auténtica vocación de Carlos Blanco probablemente era la de ser chicano en California. Aparte su revolución de la filología italiana, Cesare Segre (me reveló Ma-

risa) tenía el envidiable don de dormir con los ojos abiertos en las ponencias.

Alberto Vârvaro había estudiado en Barcelona, con Riquer, y la hispánica fue siempre para él una filología familiar. Uno de mis orgullos es maliciarme que Darío Villanueva es un poco discípulo mío. Y del buenazo de Marco Santagata me consta con qué atención y provecho profundizó en mi *Lectura del «Secretum»*.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

DON RAMÓN, GRAN SEÑOR
DE LA FILOLOGÍA

Sólo don Ramón, a sus años y trabajos, podía superar la gesta del buen emperador de la barba florida. Cuando, cumplida la aventura española—cuenta el *Cantar de Rol-dán*—, nuevas luchas han de ocupar su actividad, llora Carlomagno lágrimas de cansancio, se lamenta en su soledad: «¡Dios, qué penosa es mi vida!». Menéndez Pidal, más animoso, olvida un momento sus recién trabadas polémicas sobre el padre Las Casas, su esperado estudio del Compromiso de Caspe, sus apasionantes teorías a propósito de los substratos lingüísticos peninsulares, y se presenta en Barcelona—para asistir a las últimas sesiones del III Congreso Internacional de la Sociéte Rencesvals—a reafirmar algunas de sus más caras ideas respecto a los orígenes de las literaturas románicas y a reafirmar en todos—lo que quizá aun sea más importante—la certeza de su doble magisterio.

Porque el ejemplo de don Ramón tiene idéntica validez en lo humano y en lo científico. Menudo de cuerpo, de cabello cano y porte de gran señor—«gran señor de la filología» le llamó un discípulo genial, Amado Alonso—, Menéndez Pidal crea en torno a sí un campo de magnetismo cordial. Por ello, cuando hace unas horas los miembros de la Sociéte Rencesvals le recibían puestos en pie, en unánime aplauso, creo que no pensaban estar rindiendo homenaje sólo a un científico de categoría excepcional, sino también a un hombre extraordinario.

El interés con que esta tarde, durante las tareas del congreso, contestaba a una consulta; su viveza amable al iniciar un debate; su razonada convicción al exponer su pen-

samiento sobre un punto discutido; su sincera atención a la labor ajena; su gentileza constante han llegado, una vez más, al corazón de SUS oyentes—y, puedo atestiguarlo, hasta el extremo de emocionar hondamente a alguna joven romanista.

Para los españoles en especial, la figura de don Ramón acrecienta su valor ejemplar. Fue él—tras unos pocos y con unos pocos—quien, va ya para los tres cuartos de siglo, puso las primeras piedras para alzar el ansiado edificio de una ciencia española de altura europea. Después, durante muchos años de investigación y estudio silenciosos, Menéndez Pidal supo continuar sin desfallecimientos la empresa acometida en sus mocedades. ¿Cómo olvidar que del «Centro de Estudios Históricos»—de los hijos, nietos y bisnietos espirituales de don Ramón—han surgido en nuestro país las mejores conquistas en el terreno de la filología y de la historia?

Si, de acuerdo con venerable formulación, «el estilo es el hombre», a nadie sorprenderá encontrar en su habla y en su prosa una cifra de toda la personalidad humana de don Ramón. ¿Era Antonio Machado quien, recordando el volar de la paloma kantiana, negaba a los poetas la precelencia en el arte de la metáfora, para atribuírsela a los pensadores? Ciertamente no es fácil hallar en un autor de «bella literatura» una imagen más poética—en su desnudez y en su exactitud—, más sugeridora y hermosa que aquella con que don Ramón ilustra la tarea del historiador obligado a reconstruir muy añejas etapas de un proceso con el mínimo apoyo de unos cuantos testimonios recientes, no de otro modo que el viajero del llano ha de imaginarse las alturas de la sierra con la sola ayuda de los mariales que arrastran las aguas del río. (Justo el consignar que la poesía ha sabido asimilar la «aportación»; no pueden admirarnos, pues, en la obra

de un joven poeta español, versos como los que siguen, de filiación evidente: «¿Quién va hoy a adivinar por unas hojas | que trae el río abajo, a la meseta | pobre, los bosques prietos, el portento | de la piedra y la luz en las alturas?»).

También sencillo, exacto, con no asediada grandeza—como esta imagen suya—es don Ramón.

Hay en él, en su «presencia» y en su obrar, la esencialidad de sus temas preferidos. Porque de ningún modo es accidental que su obra de erudición gire con tanta frecuencia en torno a problemas de orígenes—orígenes del español, de la épica y la lírica europeas, de Castilla...—. Menéndez Pidal—que llegó, decía, a construir en un desierto—tuvo que plantearse los problemas desde la raíz; pero ocurre también que por su sabio buen hacer, por su mesura y su contención innatas, don Ramón, en cierto modo, estaba predestinado a tratar semejantes cuestiones germinales.

Perdón si continuó parodiando al viejo juglar del cantar rolandiano: «no acaba aquí la gesta que don Ramón declina».

1964

ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO

DE BIBLIOGRAFÍA Y ÉTICA

Un bibliógrafo—ha dicho quien lo sabía, y claro está que no me refiero al diccionario académico—, para el común de las gentes, es «el hombre que copia fielmente portadas de libros, señala los exactos milímetros del volumen, cuenta con minuciosidad folios o páginas y organiza catálogos de autores, series o bibliotecas». Un bibliógrafo, también, puede salir respondón y verse aquejado de «la debilidad—sigue la cita—de no considerar el libro sólo como unidad catalográfica, sino como expresión material de pensamiento y sensibilidad»: es decir, puede leerlo (la posibilidad es menos obvia de lo que parece), gozar literariamente la lectura, reflexionar sobre ella, doblarse en crítico...

Un bibliógrafo al estilo del definido en primer término (y no seamos ingenuos: tan benemérito y necesario como cualquier otro género de estudioso, si no más), ante el volumen que tengo sobre la mesa, tal vez se limitara a consignar: *Bibliografía de A. Rodríguez-Moñino (1925-1965)*, Madrid, Castalia, 1965; 200 × 100 milímetros, 80 páginas. Lo cual sería exacto (página más, milímetro menos) y gravemente injusto (sin atenuantes), de no quedar bien claro, aun al final de la cédula, que tal *Bibliografía de A. Rodríguez-Moñino* es la de un bibliógrafo del segundo linaje.

Antepongámosle un rápido *bio* al libro en cuestión, y digamos que don Antonio Rodríguez-Moñino nació en Calzadilla de los Barros, por tierras de Badajoz, en 1910. (A los de Calzadilla, en la cabeza de partido, Fuente de Cantos, los llaman por mal nombre «cebolleros»; ellos se vengan con notar de «pepineros» a los de la Fuente, y de

«calabazones» a los de Don Benito. «Si quieres trato bueno, ve a Calzadilla...», dicen por tales partidas; y los del país presumen: «En Pallares está el ramo, en la Calera la hoja, y en Calzadilla está la flor de mozos y mozas». Tienen dos patronas, la Virgen del Socorro y la Encarnación, «ellas solas valen más que todas las de Sevilla»; a la primera, parece, únicamente le «piden los calzadilleros que los libre de las quintas». Don Antonio es hombre ajeno a estas vanidades, pero da fe de ellas en deliciosos estudios folclóricos). Digamos que es doctor en Letras, vicepresidente de The Hispanic Society of America, miembro de honor de Dios sabe cuántas corporaciones de campanillas internacionales; que, catedrático de literatura, lleva veintisiete años apartado de la enseñanza oficial; que, a estas alturas, depurado ya (y acrisolado su deber), van a perderlo unos años los discípulos que acuden en busca de consejo a su libre cátedra madrileña y van a ganarlo los alumnos de la Universidad de California en Berkeley.

Cuando uno ha trabajado tanto tan bien y desde tan temprano—volvemos a la *bibliografía*—como para que el mero catálogo de sus escritos ocupe más de setenta páginas bien nutridas y todo un Marcel Bataillon le haya calificado de «príncipe de los bibliógrafos españoles», no es posible que otro le haga justicia en pocas líneas de un artículo escrito a vuela pluma. ¡Y qué riqueza de materiales inéditos, datos nuevos e interpretaciones agudas encubren las escuetas entradas de ese catálogo! Si de los primeros se tratara, habría que recordar siquiera que ha sido Rodríguez-Moñino quien exhumó el más antiguo manuscrito del *Amadís de Gaula* o las saladísimas novelas del licenciado Tamariz; quien dio a conocer nuevos poemas de Gutierre de Cetina, Meléndez Valdés, Luis Hurtado de Toledo y otros cien escritores españoles de todos los tiempos; quien con sus

ediciones y estudios de inaccesibles cancioneros ha modificado decisivamente nuestra visión de la poesía española de los Siglos de Oro. Al hablar de datos nuevos y aspirar a una mediana precisión, casi debiéramos copiar de cruz a fecha el volumen de la Bibliografía: Quevedo, Suárez de Figueroa, Goya, Quintana, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Clarín y muchos más han tenido en don Antonio a un muy sagaz escudriñador de su vida o de su obra, cuando no de ambas; Cervantes, sin ir más lejos, y aparte cargos menores, le debe la reaparición de un importante códice y la denuncia de un «autógrafo», más falso que Judas, colgado durante decenios de las doctas paredes de la Real Academia. Y, puestos a mencionar interpretaciones agudas, pocas superan las del revelador ensayo sobre *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*. Junto a ello, la historia de la imprenta y la de la librería; la Historia general de España y la local de Extremadura; la Historia de América, la de los judíos o la del arte (y ésta muy en particular), la epigrafía, la genealogía, el folclore han recibido vivísima luz en incontables publicaciones de Rodríguez-Moñino. El centenar de hispanistas norteamericanos que han dedicado a don Antonio dos gruesos tomos de estudios de erudición, a modo de homenaje, se ha dirigido a él como «amigo fiel, mentor generoso y tertuliano ejemplar»—calificaciones de realidad prietamente entreverada—. Andan por esos mundos de Dios muchas monografías que atestiguan lo certero de semejantes señas; anda también por ellos mucha literatura de creación (de los maduros a los más jóvenes, de Camilo José Cela a Jesús Fernández Santos) que nació acogida a revistas y colecciones de libros capitaneadas por Rodríguez-Moñino.

Heródoto hablaba ya de la historia como «maestra de la vida»: la labor del historiador (de libros o de hombres),

cuando no cegada por los mitos al uso, es siempre ejemplar; pero pienso que la de don Antonio ha prodigado especialmente las lecciones de ética (*nulla aethetica sine ethica*, como decía un poeta a un filósofo). Obra de *amor y pedagogía* entre las suyas es, por ejemplo, la *Historia de una infamia bibliográfica (la de San Antonio de 1823)*, consagrada a desvelar la «realidad y leyenda de lo sucedido con los libros y papeles de don Bartolomé José Gallardo», y de lectura más apasionante que cualquier *thriller*. ¿Quién no recuerda lo de «caco, cuco, faquín, bibliopirata»? Y es que Gallardo ha sido víctima de uno de esos «errores perennes que son primero ofensas lanzadas por la pasión enemiga, pasan luego a ser calumnias difusas y la credulidad cruel e irreflexiva convierte al cabo del tiempo, aunada con la malicia, en verdades aparentes contra las cuales es casi imposible luchar»: esencialmente, dos calumnias han venido cebándose en la fama de Gallardo (las de ladrón de libros y fantaseador de por su biblioteca, un negro 13 de junio de 1823, cuando el populacho sevillano cargó contra los liberales), y a destruirlas, como lo hace, dedica su esfuerzo Rodríguez-Moñino. No es de este lugar seguir sus ceñidas demostraciones, interesantísimas, ni el itinerario de Gallardo que traza, jalonado de hitos curiosos o indignantes, y aún motivo de muy seria reflexión. Así, cuando leemos de las asechanzas sobre el Gallardo exiliado en Londres (el embajador de la España absolutista, que lo tenía sujeto a vigilancia continua, escribía en cierta ocasión al ministro de Estado: «se está trabajando por Gallardo otra obra, con el título de *La España o el Despotismo*, pero como no la ha acabado aún—a pesar de que he podido leer algún capítulo—, estoy a la mira para ver si soy tan feliz en impedir su impresión como lo he hecho con la otra»), no podemos menos de recordar las desencantadas palabras de Ganivet: «una na-

ción que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan» (*Los trabajos de Pío Cid*, IV). Pero sí interesa subrayar la conclusión de Rodríguez-Moñino a esa *Historia de una infamia*, dragada ya la charca que envidias y pasiones políticas quisieron crear en torno a Gallardo: «¿Qué puede hacer un hombre honrado ante una muralla de infamia y maledicencia que le persigue hasta un siglo después de muerto?... Honradamente confesamos que si no tuviéramos la absoluta certeza de la conducta moral irreprochable de Gallardo seríamos incapaces de haber puesto la pluma sobre el papel para trazar estas páginas». Y ahora que don Antonio también se va, estamos seguros de que sus alumnos de Berkeley han de recibir las más provechosas lecciones no sólo de bibliografía, sino, además, de ética: y, si me apuran, de Historia de España.

1966